

La «Carta dedicatoria» del *Buscón*

Jesús Jorge Valenzuela Rodríguez
Universidad de Sonora

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 14, 2010, pp. 365-374]

A YOSOY;
A Edna Cecilia;
A César Avilés

La «Carta dedicatoria» —instalada en los manuscritos de *Córdoba* y *Santander*— comúnmente formaba parte de las ediciones anteriores a 1990, desde que en 1965 Fernando Lázaro Carreter la incluyera en su edición donde presenta su magistral trabajo de fijación del texto quevediano¹. Entonces, el profesor Lázaro Carreter incorporaba los preliminares de lo que se denominaría como *E* (primera edición de Zaragoza, 1626) por «un mero interés documental», ya que no son obra de Quevedo, aunque: «Puede, en cambio, serlo la *Dedicatoria* que aparece en *CS* [manuscritos de Córdoba y Santander]»². De esta manera, todas las ediciones posteriores se circunscribían al texto fijado en 1965³. Alfonso Rey (2003), en su estudio sobre «El texto del *Buscón*», comenta: «*La vida del Buscón* de Lázaro Carreter [...] suscitó una aceptación casi incondicional durante más de veinte años, período en que todas las ediciones escolares y anotadas se limitaron a reproducir su texto, tenido por definitivo» (p. 38)⁴.

En esa misma edición que el profesor Carreter publicara en 1965, se reproducía igualmente la versión de un manuscrito designado como *B* (llamado así por haber pertenecido a Juan José Bueno, bibliófilo sevillano del s. XIX)⁵, por las siguientes razones:

¹ Quevedo, *La vida del Buscón llamado don Pablos*. Es preciso aclarar que no tomo en cuenta el trabajo editorial-crítico anterior a 1965 que realizaron en su momento Fernández-Guerra, Américo Castro, Robert S. Rose, etc., ya que el texto base para sus ediciones fue *Z* (primera edición de Zaragoza, 1626), según menciona Alfonso Rey, 2003, p. 38. Especifiquemos que *Z* contenía los preliminares, como las Aprobaciones, la Licencia del ordinario, etc., menos la «Carta dedicatoria», como muy amablemente me ha hecho ver el profesor Ignacio Arellano.

² Quevedo, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, p. LXXVIII.

³ Menos *La vida del Buscón llamado don Pablos*, ed. Barry W. Ife.

Nos ha parecido pertinente reproducir, en la parte inferior de la página, el texto íntegro de *B*, por tratarse de un códice tan perfecto, tan coherente, tan aludido y, a la vez, tan ignorado, desde hace un siglo. Facilitamos así su lectura de corrido, y damos cumplimiento al dictamen del Sr. Rodríguez-Moñino: «A nuestro juicio, merece ser impreso en su integridad»⁶.

No imaginaba Lázaro Carreter que el texto que él se limitaba a reproducir a pie de página en su trabajo de reconstrucción de la que estimaba como segunda versión de la obra quevediana, sería años después el texto privilegiado por editores-críticos poco antes de iniciar la década de los noventa⁷.

En 1988 sería Edmond Cros el primero en editar el texto de *B*, para él la segunda versión, y la definitiva, de la obra⁸. Así, se suscitaría una revolución crítica editorial que se prolonga hasta la actualidad⁹.

Este nuevo rumbo que tomaba la edición crítica del texto del *Buscón* trajo como consecuencia la supresión de los preliminares, seguramente

⁴ Algunas de las ediciones que siguen el texto fijado por Carreter y he tenido oportunidad de consultar, entre las más relevantes, son: Gargano, 1982; Rey Hazas, 1983; Basanta, 1986; Vaíllo, 1988 e Ynduráin, 2003. Todas ellas se apegan a la edición de Carreter en lo fundamental. Las diferencias existen únicamente en el criterio de los editores mencionados para incluir en su totalidad los preliminares de la edición de Zaragoza, de 1626, como lo hacen Gargano, Hazas y Vaíllo, mientras que Basanta e Ynduráin prescinden de algunos de los documentos, cada quien conforme a sus apreciaciones. Sin embargo, todos incorporan la «Carta dedicatoria», de la cual nadie parece desconfiar abiertamente.

⁵ Para una historia de la ventura del manuscrito y de sus distintos propietarios hasta parar en manos de José Lázaro Galdiano, y por consiguiente, en la Fundación que lleva su nombre, ver Yeves Andrés, 2003.

⁶ Quevedo, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, p. LXXXIII.

⁷ El profesor Lázaro Carreter, en su trabajo de 1965 editaría las dos versiones que, se presume, del *Buscón* escribió Quevedo: la del manuscrito *B*, como redacción más temprana (a pie de página) y la del arquetipo *x*, críticamente reconstruido por él, segunda versión, y por tanto, definitiva. Ver, para una explicación más detallada, la edición misma de Lázaro, 1980 y Rey, 2003 y Quevedo, *El Buscón*, ed. Rey, 2007.

⁸ Sus razones para disentar del maestro Fernando Lázaro pueden verse en el cap. iv del Estudio Preliminar de su *Historia de la vida del Buscón*.

⁹ Después, en 1990, Jauralde Pou también publicaría su edición del texto de *B*, pero para él, éste supone la versión única de la obra. De 1990 es también la edición de Celsa Carmen García-Valdés que, como comenta Rodríguez-Gallego (2003) sigue el manuscrito *B*, «solo que sin entrar en detalles de los problemas que presentan los distintos testimonios del texto ni de por qué se edita ese testimonio y no otro», p. 226. En 1991 volvería a editarlo, pero ahora dando la explicación de que el manuscrito *B* le parece «coherente y más completo que *C* y *S*», p. 227. En 1993 llegaría Fernando Cabo Aseguinolaza con una edición espléndidamente anotada y documentada, que también se basaba en el texto de *B*, porque para él, a semejanza de Cros, éste constituye la segunda redacción de la obra. En ese mismo año llegaría la de Ignacio Arellano que edita el manuscrito *B*, «por responder al más reciente estado de la cuestión crítica como por facilitar el manejo de la versión menos extendida», p. 46. De ahí se desencadenaría la predilección por editar el manuscrito *B*, como he dicho. Dejo de comentar las ediciones que se sucedieron. Me parece mejor remitir al artículo-reseña, ya citado, de Rodríguez-Gallego, en el que me he basado de manera considerable. En él puede observarse un repaso de las ediciones más serias del *Buscón* que se han basado en el testimonio de *B*, desde 1988 hasta 2001, llegando a la conclusión de tres posturas elementales entre quienes abogan por la primacía del texto que ofrece *B*.

por no formar parte del manuscrito editado, aparte de una cierta desconfianza particularmente hacia la «Carta dedicatoria», documento que en las ediciones con base en el texto fijado por Carreter hacía presencia, sin excepción alguna¹⁰. No obstante, en dos ediciones del manuscrito *B*, llevadas a cabo por Celsa Carmen García-Valdés en 1991 y por Milagros Rodríguez Cáceres en 2001, la «Carta» es reincorporada, ya que «da cierto sentido a la forma epistolar de la novela» (p. 60) y «justifica la forma epistolar de la novela» (p. 63, nota), según afirman respectivamente, aunque sus declaraciones reflejan de manera clara su postura ante la autenticidad del documento. Es este punto el fundamental para mi estudio: más que una justificación y un sentido superficial que pueda contribuir a la forma epistolar del relato, la «Carta dedicatoria» establece las pautas para las estrategias discursivas que se irán desarrollando a través del relato de Pablos con las que constantemente ridiculizará al ‘otro’ pero con las que también resultará autorridiculizado a partir precisamente desde la perspectiva de ese ‘otro’.

A pesar de las disensiones críticas ante este solo aspecto de la obra, creo que todos confluyen en una misma opinión al ver cierta correspondencia de la «Carta» con el relato en sí. Buen testimonio de ello es el trabajo de Edmond Cros, *Ideología y genética textual*, en el que comenta parte de la «Carta», a pesar de no considerarla en su edición de 1988. También Fernando Cabo Aseguinolaza, en su estudio sobre *El concepto de género y la literatura picaresca* (1992, pp. 57-68), se sirve de ella para someter a comparación con otras obras de corte picaresco un rasgo que considera fundamental dentro de sus narraciones: la murmuración. Sin embargo, tampoco la incluye en el cuerpo de su edición de 1993, sino que la relega a los apéndices. Por tanto, me parece evidente la importancia que cobra el documento para una comprensión e interpretación más cabales, mejor proporcionadas de la obra en sus partes y conjunto, a pesar de su dudosa autenticidad. Como sea, siempre será pertinente considerarla a la hora de examinar el relato como autobiografía, y todo lo que ésta implique.

Mi propósito al detenerme un momento a estudiar la «Carta dedicatoria» es el de observar las claves que propicia para la futura relación autobiográfica de Pablos y porque, más que dotar a la forma epistolar de cierto sentido y justificarla, como ya admitían García-Valdés y Rodríguez Cáceres, de ahí se sobrevienen otros elementos de carácter significativo: la presencia autorial en las intromisiones de que será presa la perspectiva

¹⁰ Sólo por dar un ejemplo entre las apreciaciones opuestas de dos editores del *Buscón*, uno del texto fijado por Carreter y el otro del manuscrito *B*, cito a Basanta, 1986, p. 65, quien dice en nota a pie al principio de su edición: «incluyo esta “Carta dedicatoria”, que aparece en los manuscritos de Córdoba y Santander, y que sí parece ser de Quevedo». Cabo Aseguinolaza dice por su parte: «La “Carta dedicatoria” que figura en los manuscritos *S* y *C* y el prologoillo “Al lector”, incluido en la primera edición, tampoco parecen deberse a Quevedo» p. 54, nota, pero la incluye en las Notas complementarias al final de su edición.

del narrador y la también constante presencia del «otro», el cual llegará a poseer una doble funcionalidad en cuanto a la ridiculización.

Por otra parte, volviendo sobre la postura de Fernando Cabo Aseguinolaza ante la «Carta», es preciso citar:

Aunque se admita que «sea o no sea de Quevedo, la “Carta dedicatoria” *no formó parte de la primera redacción de la obra*»¹¹, no por ello deja de ser índice de una situación discursiva percibida como subyacente, y que, por otra parte, no tiene por qué ser explícita. La obra, además, mantiene la referencia a *Vm.* como narratario, la cual debe considerarse como otro indicio de una circunstancia discursiva previa a la narración¹².

Fernando Cabo se detiene a considerar la «Carta» con el motivo de observar en la autobiografía picaresca una situación que antecede a la narración del pícaro, algo en primera instancia manifiesto. Esta situación confiere toda la coherencia a la autobiografía, en lugar del narrador y su punto de vista, según propone¹³. Interesante perspectiva, aunque la situación de la narración me parece primordialmente especulativa, aun cuando haya que recurrir a ella para aclarar algunos puntos de especial controversia.

La «Carta» y la continuada referencia a *Vm.* serían testimonios parciales del «envoltorio ficticio», como denomina Cabo la situación de la narración. En ella, explica el crítico, residen una serie de elementos que conducen al pícaro a escribir sus memorias, no como una elección propia, sino como una imposición, en la que se hace presente una «situación social e ideológica»¹⁴.

Dejando a Cabo por ahora, me parece pertinente abordar rápidamente la posición de Edmond Cros en su estudio de 1980, en el cual decía a partir de la «Carta» que en el *Buscón* se observa «una contraposición yo-Vuestra Merced, que, juntamente, crea un clima intimista y describe una doble distancia (“he querido *enviarle* esta relación” —distancia espacial + distancia sociológica evocada por la fórmula de cortesía muy respetuosa)»¹⁵. Cros abordaba la primera parte del documento

¹¹ Cita a Rico, 1984, p. 237. El subrayado es de Fernando Cabo.

¹² Cabo, 1992, p. 68.

¹³ Cabo, 1992, p. 60.

¹⁴ Cabo, 1992, p. 62. No está de más advertir que en el caso del *Buscón*, *Vm.* únicamente insta a Pablos de manera indirecta a que cuente su vida, y es éste quien elige el vehículo de la escritura para hacerlo. Con todo, prevalece la imposición de la que habla Cabo.

¹⁵ Cross, 1980, p. 69. Díaz Migoyo, 1978, p. 74, por su parte, también ve una clase de «clima intimista» y supone que «Pablos escribe a instancias indirectas de un conocido suyo», aunque no menciona nada acerca de la posible posición social de *Vm.* Fernando Cabo, como ya veíamos, se basa en la «Carta» para justificar su tesis acerca de la situación de la narración, en la que el pícaro se ve instado por una persona mejor posicionada socialmente para escribir su autobiografía, en lo que coincide con Cros. Aunque esta apreciación sea evidente, una vez considerando la fórmula de tratamiento del pícaro, no parece tan obvia si reparamos que en el *Buscón* no se sabe quién es *Vm.* ni por qué le interesan las vivencias de Pablos, como ve Rico (2000, p. 131). Nos vemos en este punto, obligados a admitir, en parte, la opinión de este crítico, acerca de que Quevedo está «calcándole» un procedimiento al *Lazarillo* (p. 131), con lo cual convierte a *Vm.* en «un mero nombre» (p. 132).

con el fin de observar si en la obra existía un «centro que organice la fórmula autobiográfica» (p. 69), ya que el encubrimiento casi total del presente del narrador disimula, oculta el motivo y objetivo por el cual éste escribe. No pasaba así en el *Lazarillo* y el *Guzmán*, cuya finalidad era seleccionar una serie de episodios ya vividos para explicar un determinado presente.

Cros observa la primera parte de la «Carta»: «Habiendo sabido el deseo que v.m. tiene de entender los varios discursos de mi vida» (p. 69). Su objetivo en este momento es analizarla a un nivel de correspondencias formales con el relato en sí, y observa lo que ésta «presupone» al dilucidar los dos planes de la autobiografía: actuación y narración. Sin embargo, según Cros, la cuestión se complica aún más, ya que no se presenta una reciprocidad en el relato de una delimitación de los dos planes observables desde la autobiografía: el punto de vista, la perspectiva, se ve dañada por la intromisión autorial que no respeta el «decoro» del narrador¹⁶.

Con una interpretación algo cercana a la de Fernando Cabo, encontramos a Gonzalo Díaz Migoyo, quien afirma que la *Carta* del *Buscón* «constituye el marco de la narración. Sitúa a ésta en el contexto histórico del narratorio, dando las razones que han movido el [*szc*] narrador a hacer la relación, el propósito que persigue al publicarla enviándosela a aquél y los caracteres más generales de ella»¹⁷. Suscribiendo la premisa de Díaz Migoyo, podemos proceder al análisis de la «Carta», que reza de la siguiente manera:

Habiendo sabido el deseo que v.m. tiene de entender los varios discursos de mi vida...¹⁸

Ya cuestionaba Francisco Rico, en su clásico estudio sobre la novela picaresca, la motivación de Pablos para escribir su autobiografía y por qué era objeto de interés de *Vm.* y concluía: «Ni quizá valdría la pena plantearse la cuestión, si no existiera el *Lazarillo* y si no fuera palpable que Quevedo está calcándole un procedimiento»¹⁹. Dejándonos un poco de afirmaciones casi terminantes, si bien ciertas parcialmente²⁰, diremos que la «Carta», antecedente del relato de Pablos, sí nos informa de unos

¹⁶ Cros abunda en las convenciones literarias de la época que consistían en atribuir un elemento cómico al individuo humilde, en que es el *Buscón* el texto picaresco donde se ve más radicalizado, puesto que se presenta al personaje como una «figura de carnaval» (p. 70), entre otras cosas, que el crítico quiere ver como motivado por la «mediación de determinados trazados ideológicos». Para ver sus interesantes aserciones en cuanto a este respecto, ver pp. 67 y ss. de su estudio.

¹⁷ Díaz Migoyo, 1978, p. 138.

¹⁸ Me baso en la versión que adopta Lázaro Carreter, ya que se encuentran dos testimonios de la «Carta dedicatoria» en los manuscritos *S* y *C*, los cuales varían de la siguiente manera: entender [*C*]: saber [*S*]; enviarle [*C*]: enviar [*S*]; será [*C*]: de [*add S*]; dejaré de serlo [*C*]: no lo quiero ser [*S*]. La variante que parecería alterar un poco el sentido del texto, sería la de saber de *S*, frente a entender de *C*. Ambas hacen sentido y creo que en cierta forma se complementan, por lo cual no veo problema alguno si se consideran las dos variantes o cualquiera.

¹⁹ Rico, 2000, p. 131.

aparentes motivos que promueven la relación de las memorias del pícaro, aunque de forma ambigua y con silencios infranqueables. No hay un 'caso' que sea anclaje de la narración, como se veía en el *Lazarillo*²¹, que escribe para justificar su situación actual de marido liberal; los objetivos, si no insustanciales, sí exigüos para mover la pluma del pícaro con imperioso afán.

Primeramente, Pablos inicia su «Carta» con una forma compuesta impersonal: «Habiendo sabido», construcción que delata un ánimo diligente, raudó, al margen de preámbulos o eufemismos, inherentes, en cambio, de su futura narración, y que sugiere la intervención notificadora de algún 'otro' que le ha revelado «el deseo que v.m. tiene de entender los varios discursos de mi vida»²². Ese agilizado comienzo, que podría suponer un tipo de reproche a *Vm.* por ir confesando su interés acerca de su vida a 'otros' y no a él mismo, delatan la preocupación de Pablos que se expone después: «por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta, he querido enviarle esta relación».

Hay que advertir que es Pablos quien elige mandarle la relación a *Vm.* y no éste quien lo obliga. Solamente publica su interés. Ni siquiera muestra pretensiones de que sea el mismo pícaro el que se la relate, pero Pablos se anticipa a satisfacer tal anhelo. Para hacerlo, escoge el vehículo de la escritura. Entonces, ¿por qué escribe? Aparentemente por el deseo de *Vm.*, pero una motivación más profunda se torna a flor de piel: «por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta». Es desde esta parte en que el pícaro adopta una posición de soberbia al temer que algún 'otro' cuente su vida y no lo haga conforme a los criterios de verdad, como si alguien tuviera entera noticia de su vida o se interesara por contar la vida de un desagregado social²³.

Ya lo había comentado Díaz Migoyo²⁴: «Pablos viejo sigue sintiendo la misma vergüenza del qué dirán que tanto le atormentó de joven». Aunque la vergüenza de Pablos sea un aditamento heterogéneo con la

²⁰ Ver pp. 131-132 de su estudio, donde habla de la «Carta dedicatoria» y de la pérdida de significado que obran los elementos tomados de la picaresca e incluidos, agregados simplemente en el *Buscón*, sin darles una semántica o funcionamiento coherente dentro del texto.

²¹ Modelo en el que se asienta principalmente la estructura compositiva del *Buscón*.

²² Quevedo, *La vida del Buscón*, ed. Lázaro Carreter, p. 13. Todas las demás citas textuales de la obra procederán de esta misma edición.

²³ Roncero López, 1999, p. 46, dice: «El primer rasgo que define el género picaresco es el de la autobiografía. Este carácter autobiográfico viene exigido por la ideología de la época, para la que sería incomprensible que otra persona se dedicara a contar las andanzas de un miserable». Es ahí donde se muestra absurdo Pablos de inicio, y soberbio y por tanto: ridículo, ya que pretende no dar lugar a que se mienta acerca de su vida, como si hubiera algún otro que solícitamente quisiera referirla a *Vm.* Su vida bien puede alimentar el morbo de muchedumbres, pero a un nivel de desparpajo entre la sociedad. Nadie tendría el afán, más que el propio pícaro, de contar su vida detalladamente, y sobre todo porque es él únicamente quien la conoce a profundidad, lógicamente; lo demás que conoce quizás la sociedad, son hechos aislados y jocosos que desaparecen como desaparece la carcajada que provocan: en lo inane de una vida apicarada.

²⁴ Díaz Migoyo, 1978, p. 77.

insolencia que continuamente ostenta como personaje y no cobre verosímil representación en su actuar, no puede negarse que está puesto de relieve en la obra²⁵. Sin embargo, no es la vergüenza del personaje o narrador lo que para mí cobra especial interés, sino la preocupación constante por el ‘otro’, que ya se deja ver desde esta «Carta». Incluso, lo antepone como agente tácito a su ‘yo’ en el comienzo: «Habiendo sabido...». A pesar de que la construcción es impersonal gramaticalmente, no lo es a un nivel de pensamiento en que se proyecta al ‘otro’ como responsable ya de inicio de su decisión por llevar a cabo la redacción de sus memorias. No quiere que se mienta acerca de su vida, no quiere que el ‘otro’ mienta ante *Vm.*, personaje indefectiblemente instalado en un nivel social superior al de Pablos, ante el cual procura impedir una versión distanciada de sus «varios discursos» por motivos ya más escurridizos. No sabemos qué objetivo más allá de imposibilitar una versión desviada de los hechos es el que procura Pablos. Lo cierto es que se anticipa a ser él mismo quien se la relate.

Fernando Cabo Aseguinolaza, en su estudio ya comentado anteriormente, habla de la murmuración en los relatos picarescos —ya lo mencionábamos— como uno de sus rasgos caracterizadores y señala acerca del *Buscón*: «Pablos dice haber escrito su vida “por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta”» (p. 68)²⁶ e inmediatamente cita lo siguiente de Gonzalo Díaz Migoyo:

Pablos es un infame que todavía tiene vergüenza de su infamia, pero que ya no tiene medio de encubirla. No la vergüenza íntima del arrepentido, no la del «escarmentado, que no soy tan cuerdo», sino la de siempre, la relacionada con el insufrible «qué dirán», la misma de que tan galanamente hizo muestra su padre en el patíbulo al jactarse de que «no todos tenían su hígado». (p. 68)

Pese a que podamos tener nuestras reservas en cuanto a ciertas apreciaciones de Díaz Migoyo, es observable que en el texto quevediano se manifiesta una pesadumbre causada por el ‘otro’.

Decía líneas atrás que lo interesante no era la vergüenza inverosímil del personaje en el texto, ni como narrador, prolongación del bochorno que le supone Díaz Migoyo, sino esa injerencia del ‘otro’ en el relato, del cual hace uso constante cuando quiere satirizar sobre algo específico. Así sucederá al inicio de su relato, cuando hable de sus padres o más bien, cuando hable de lo que los demás hablan de sus padres: «Fue, tal como todos dicen, de oficio barbero», «Dicen que era de muy buena cepa», «Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja» (p. 16), etc.

²⁵ Este rasgo atribuido al protagonista crea un contrapunto entre las características más intensas de su personalidad incongruente, como sería su insolencia manifestada a lo largo de toda la obra. El pícaro está visto desde fuera y la vergüenza que le imputa el autor resulta un concepto únicamente evocado en la relación; no se corresponde con la realidad de Pablos.

²⁶ Motivo que, como señalaba, se convierte en causa principal del proyecto autobiográfico para el pícaro.

Por ello es sintomático el que ya desde esta «Carta» empiece a asentarse una imagen del 'otro' como gran murmurador, al cual recurrirá Pablos en su narración para nutrir el relato, pero del que se cuida de que no mienta acerca de su propia vida. Aquí se quiebra ese culto por el 'otro' y sólo le será útil cuando de burlarse de terceras personas se trate y muy pocas veces cuando hable de sí mismo²⁷.

Todavía falta abordar la última parte de la «Carta», después de confesarse que por no dar cabida a que algún otro mienta a *Vm.*, ha decidido el pícaro enviarle la relación de su vida: «he querido enviarle esta relación, que no le será pequeño alivio para los ratos tristes. Y porque pienso ser largo en contar cuán corto he sido de ventura, dejaré de serlo ahora».

El deseo de *Vm.* es *saber* la vida de Pablos, o entenderla (recuérdese las dos variantes de *Sy C*)²⁸, porque quizás, como advierte Díaz Migoyo, su vida anda de boca en boca (p. 78)²⁹. El deseo de Pablos, a partir del de *Vm.* y de que no se mienta acerca de su diacronía vital, es hacerle saber su vida pero relatándosela a manera de epístola. De aquí se infiere que Pablos tratará de presentarle la versión definitiva, la verdad acerca de «los varios discursos de mi vida», pero enseguida glosa que la relación «no le será pequeño alivio para los ratos tristes», lo cual resulta paradójico, al igual que su deseo por que no se mienta, que además de paradójico revela cierta soberbia³⁰.

Pablos aparentemente desconoce lo que han dicho a *Vm.* de él, pero intenta mostrarle la versión única de sus diversas correrías. Por otra parte, *Vm.* tiene al menos una idea sustancial de lo que ha sido Pablos: un infame. Entonces, el pícaro se desinfla y le advierte que su relato le servirá de esparsimiento en los momentos de tristeza, lo cual choca con lo

²⁷ Aunque se verá que hay un quiebro más ostensible de este recurso, cuando Pablos incorpore a su narración la perspectiva del 'otro' sobre sí mismo, no para documentar lo que de él pensaban los demás, sino que se vuelve palpable cuando es él quien habla de sí mismo, pero con la perspectiva de una 3ª. persona: desfaseamiento del punto de vista y que quizás se deba más a Quevedo como autor.

²⁸ Me parece que entender aporta un significado muy afín al de saber en el contexto en que aparecen –y quizás muestre más coherencia este último– aún cuando de inicio proponga un conocimiento previo de la vida del pícaro por parte de *Vm.* Indiscutiblemente, para que éste pueda entender la vida de Pablos, precisa de saberla, conocerla a detalle y no de 'oídas', como podría sugerirse que *Vm.* tiene su primer acercamiento a la vida del Buscón.

²⁹ Aunque parece más preciso decir que algunos acontecimientos de su vida son los que andan de boca en boca. Sería prácticamente imposible que alguien aparte de Pablos tuviera entera noticia acerca de su biografía, como mencionaba líneas atrás.

³⁰ Díaz Migoyo señala que el propósito de veracidad acerca de los hechos relatados incumbe al narrador, mientras que el deseo de *Vm.*, según lo entiende Pablos, radica en lo entretenido del relato (p. 75). Por ello, la narración del pícaro vuelve cómica una serie de sucesos desventurados, sucesos que no tuvieron nada de humorísticos cuando acontecieron (pp. 139-140), lo cual creo inexacto. ¿Por qué favorecer el entretenimiento antes que la verdad de su vida; sólo porque intuye que es el principal deseo de su destinatario? ¿No es el motor principal de la relación el afán «por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta» acerca de su vida ante *Vm.*?

que viene después: «Y porque pienso ser largo en contar cuán corto he sido de ventura, dejaré de serlo ahora».

Pienso ser largo, no en el talle, como Cabra, sino en su relato³¹, procediendo holgada y generosamente en su narración, con detalles pormenorizados —lo cual quedará a un nivel de pensamiento únicamente—, con el fin de contar la cortedad de su fortuna, su desventura y lograr que su destinatario se divierta. El juego simple de contrarios que introduce: largo-corto, sólo sirve para ocasionar un abismo del cual surge la intervención de la mano creadora; se disparan las incongruencias y se diluye la imagen del pícaro ante *Vm.* Esto ocurre debido a la postura auto-excluyente del pícaro que considera entretenida su desventura. Indefectiblemente esta declaración está vista desde el exterior y desde ahí se le adjudica al pícaro, pero el resquebrajamiento de la perspectiva, de la verosimilitud es insalvable, y como tal, denuncian, más que la intención del pícaro, la intención del autor. Entonces se observa ya desde la «Carta» lo que será la relación de Pablos: un encabalgamiento de perspectiva, de la voz del autor sobre la del personaje, cuya narración avanza unidireccionalmente hacia la autorridiculización. A través de esta perspectiva híbrida, manifestada en el lenguaje escurridizo de la obra, se observará una oscilación entre ridiculización del ‘otro’ y autorridiculización a partir del ‘otro’³², lo que evidencia la transgresión antedicha, provocada por la incidencia intermitente del autor.

Todo lo que se ha venido abordando puede observarse en ese documento que, a pesar de las aparentes paradojas que plantea, revela como en clave, decíamos, las intenciones discursivas más elementales de una voz que se erige como la directriz suprema del relato: la del autor.

Esto es lo que se deja de lado al suprimir la «Carta dedicatoria» en las ediciones más modernas que siguen el texto de *B*, cuando había venido incluyéndose en todas las ediciones correspondientes a la fijación del texto que llevó a cabo Lázaro Carreter en 1965. Esto es lo que también dejan de lado aquellos editores que tratan de hacerle parcial justicia incluyéndola en sus ediciones del texto de *B*, adjudicándole una

³¹ Afirmación que solamente puede ser comprensible a un nivel retórico, ya que sus construcciones son apretadas y sucintas. Así lo sienten Leo Spitzer y Díaz Migoyo, respectivamente: «es como si el autor, los personajes individuales, todos, tuvieran el mismo deseo del padre de Pablos ante la muerte: no parecer prolijos» (citado en Díaz Migoyo, p. 124); «Pablos utiliza toda una variada panoplia de recursos elípticos tendentes a aliviar el tedio de un relato que sólo retóricamente, como él lo ha hecho, puede calificarse de largo» (p. 125). No obstante, «largo» podría referirse también a una acepción figurada del término: ‘davidoso’. Así, Pablos indicaría su ánimo por relatarle a *Vm.* su vida de forma holgada y despreñada, para que su interlocutor encuentre esparcimiento, a pesar de crear incongruencia. A diferencia de Migoyo que asume que Pablos vuelve humorísticos sus acontecimientos desventurados del pasado, yo encuentro que el pícaro los juzga como graciosos y entretenidos y se limita a recrearlos con cierto detalle para *Vm.*

³² Es preciso advertir que todo aquello de lo que se mofa Pablos en una primera parte de su relato se manifestará más adelante en su contra para crearse la auto-burla. Esto indica aparte que Pablos narrador no procede con discreción en la relación de su pasado, lo que suscita más incongruencias que invocan la aparición de Quevedo.

función superficial que radica únicamente en justificar y dar sentido a la forma epistolar de la novela, que es lo mismo que afirmar que el documento no pasa de ser un mero aditamento opcionalmente suprimible.

BIBLIOGRAFÍA

- Cabo Aseguinolaza, F., *El concepto de género y la novela picaresca*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1992.
- Cros, E., *Ideología y genética textual. El caso del Buscón*, Madrid, Cupsa, 1980.
- Díaz Migoyo, G., *Estructura de la novela. Anatomía del «Buscón»*, Madrid, Fundamentos, 1978.
- Quevedo, F. de, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, ed. B. W. Ife, Oxford, Pergamon, 1977.
- Quevedo, F. de, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, ed. F. Lázaro Carreter, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980, 2.^a ed.
- Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón*, ed. A. Gargano, Barcelona, Planeta, 1983.
- Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón*, ed. A. Rey Hazas, Madrid, Sociedad General de Librería, 1982.
- Quevedo, F. de, *El Buscón*, ed. Á. Basanta, Madrid, Castalia didáctica, 1986.
- Quevedo, F. de, *El Buscón*, ed. C. Vaíllo, Barcelona, Ediciones B, 1988.
- Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón*, ed. E. Cros, Madrid, Taurus, 1988.
- Quevedo, F. de, *El Buscón*, ed. P. Jauralde, Madrid, Castalia, 1990.
- Quevedo, F. de, *El Buscón*, ed. C. C. García Valdés, Editorial Bruño, 1991, 5.^a ed.
- Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón*, ed. I. Arellano, Madrid, Espasa-Calpe, 1993.
- Quevedo, F. de, *La vida del Buscón*, ed. F. Cabo, Barcelona, Crítica, 1993.
- Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón*, ed. V. Roncero López, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- Quevedo, F. de, *El Buscón*, ed. D. Ynduráin, Madrid, Cátedra, 2003, 19.^a ed.
- Quevedo, F. de, *La vida del Buscón*, ed. M. Rodríguez, Barcelona, Octaedro, 2001.
- Quevedo, F. de, *El Buscón (edición crítica de las cuatro versiones)*, ed. A. Rey, Madrid, csic, 2007.
- Rey, A., «El texto del *Buscón*», en *Estudios sobre el Buscón*, ed. A. Rey, Pamplona, Eunsas, 2003, pp. 37-64.
- Rico, F., «Puntos de vista. Posdata a unos ensayos sobre la novela picaresca», *Edad de Oro*, 3, 1984, pp. 227-240.
- Rico, F., *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 2000, 6.^a ed.
- Rodríguez Callego, F., «Las ediciones del *Buscón* basadas en el manuscrito Bueno», en *Estudios sobre el Buscón*, ed. A. Rey, Pamplona, Eunsas, 2003, pp. 221-241.
- Yeves Andrés, J. A., «El manuscrito Bueno del *Buscón*», en *Estudios sobre el Buscón*, ed. A. Rey, Pamplona, Eunsas, 2003, pp. 79-98.